

056
e691c
C.R.

Reflexion Llanes

557

EOS



Tomo VIII = Precio: 30 CÉNTIMOS = Cuaderno 108-9

Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
Falcó y Borrasé
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

Fidel Cano

Suaviter in modo,
fortiter in re.

Los últimos diarios recibidos de Colombia registran la muerte de este notable escritor político liberal y poeta de fácil inspiración y correcta forma. Ninguno de ellos trae datos biográficos que nos hagan conocer al personaje extinto. Sólo sabemos que nació en Medellín, capital del Departamento de Antioquia; que en esa ciudad estudió, formó su hogar, corrió su vida, laboriosa y honrada, y duerme ya, a la sombra de los sauces de su cementerio, el último sueño. Y creemos también saber que la primera manifestación de su talento poético se titula Al Río de Medellín, si la memoria no nos es infiel, publicada en un periódico manuscrito redactado por algunos estudiantes de la Universidad, en los años de 1871 a 73. Tendría entonces el poeta unos 17 años. Era alto, delgado, moreno, muy distinguido y muy simpático. Canito lo llamaban sus compañeros. El eximio cantor del maíz—Gregorio Gutiérrez González—lo consagró poeta. Cuando uno de sus hijos le leyó la composición antes aludida, dijo: «Esos versos deben publicarse en El Oasis». El Oasis era el periódico literario en que veían la luz pública las producciones de los grandes poetas y escritores de ese tiempo. Después.... Ausentes de Medellín y luego de la patria, perdimos de vista al novel poeta, para hallarlo

más tarde convertido, con gran sorpresa nuestra, en escritor político, sin dejar de ser poeta. Y, empuñado el «estilete entintado», lo esgrimió por más de treinta años—con obligadas interrupciones—y lo soltó forzado por la muerte, el 15 de Enero de este año.

La obra del poeta la podemos juzgar todos; la del escritor político liberal la reputan sus copartidarios como insuperable, y amigos y adversarios como la de un hombre de bien que defendió sinceramente sus ideas.

Roberto Botero Saldarriaga dice:

«Dos principios informaron toda su honrada labor: verdad y serenidad.

Esta última fué la cualidad suprema del hábil polemista.

Movíanse su alma y su pluma, en este ambiente sereno de los profundamente convencidos; y sus pensamientos, surgidos de aquel medio, necesariamente convencían e inspiraban profundo respeto.

No hay en sus más combativos artículos una gota de actbar derramada sobre la vida íntima de sus adversarios. Fidel Cano emprendía sus combates llevando un halo de luz en su mente, y su caballerosa mano lista para estrechar la del adversario hidalgo.»

Y Pedro P. Betancourt:

«Independiente siempre, guiado por el impulso de su conciencia, única a quien consultaba en los momentos difíciles de su agitada carrera, supo levantarse, sereno e incontrastable, a la mayor altura, exhibiéndose noble y gallardo, e imponiéndose al respeto y a la veneración de quienes abrigaban corazones capaces de sentir la belleza excepcional de un verdadero carácter, de un alma inmaculada que pasa por el mundo ceñida al deber, sin trepidar jamás, y que logra llegar hasta la tumba sin una mancha, y legar a la Patria el ejemplo de una larga existencia sin sombra de claudicaciones.

«Llegar al último día del viaje por el valle del dolor, y encontrar al fin de la jornada un balance que acredite: modelo de caridad, modelo de patriotismo, modelo de carácter, modelo de honradez, modelo como padre, como esposo, como amigo, modelo de caballero, de escritor cultísimo y fecundo, todo ello cubierto con una brillante aureola de poesía, de esa que brota espontáneamente de lo íntimo del alma y es recibida por infinidad de corazones enternecidos, bien merece un rocío perenne de lágrimas para la tumba en que descansa de sus fatigas el triunfador insigne, ese que llevó el nombre respetado y querido de Fidel Cano.»

Alejados de Fidel Cano por el tiempo y la distancia, de tal modo que podemos considerarnos como extraños—y así nos considerarán quizá en Medellín—nos atrevemos, sin embargo, a afirmar que los dos juicios anteriores son exactos y pintan bien la personalidad del hombre cuya desaparición lamenta la patria colombiana.—QUINTILIANO.

La balada del compadre

De una aldeana
vigorosa,
casta esposa
limpia y sana,
que hoy se muere
de dolor,
se refiere
cómo habiendo sido madre
siete veces, siempre de hombre,
ganó premios y renombre
y el honor
de tener como compadre
a su augusto Emperador.

Crió la triste sus retoños
como suyos,
entre arrullos
y cariños,

y al correr de los otoños
mozos fueron esos niños;
mas un día
en la rústica alquería
suenan trompas... y ¡oh dolor!
no eran suyos, que llamados
fueron todos al honor
de servir como soldados
al padrino
del menino,
al augusto Emperador.

Guerra había, y entre abrazos
y sollozos
entregó la pobre madre
los pedazos
de su sér a su compadre,
que eran ¡ay! los siete mozos

otros tantos buenos trozos
(oh! qué rabia y qué dolor!)
de la carne con que ceba
los cañones su Señor;
siete granos de la gleba
que a su antojo trae y lleva
con un leve movimiento
de su mano,
con un soplo de su aliento]
soberano,
el augusto Emperador!

Un combate, dos, diez, ciento...
si es barrido un regimiento
por contraria batería,
al momento
otro a muerte cierta envía
el buen padre y protector
que fomenta en paz la cría
de varones,
para echarlos en la guerra
a los ávidos cañones
—¡negro horror!—
como a una fosa, tierra,
como pasto a sus coreeles,
cual pitanza a sus lebreles,
como al viento bocanadas
azuladas
de humo leve el fumador!
Oh! del pueblo tierno padre!
Oh! magnífico compadre!
Oh! sublime Emperador!

Cierta vez que así el monarca
su soberbia, juntamente
con la cólera enemiga,
abrevando está en la charca
de la sangre de su gente,
da la orden de que siga,
tras un cuerpo aniquilado,
otro cuerpo al matadero;
pone el hado
en el trágico sendero
—¡oh dolor!—
a los siete hermanos juntos,
y al instante son difuntos
sobre el campo del honor,
para gloria del padrino
del menino,
del compadre
de su madre,
del augusto Emperador!

Fué en la noche. A la mañana
la aldeana
una epístola recibe,
fría y grave, que le escribe
el compadre soberano,
y con ella el portador
pone a tientas en su mano
una cruz con que se adorne
lo que torne
del intrépido ahijado
a los brazos de su madre:
algún hueso destrozado,
si eso al menos han dejado
los mil monstruos que el compadre
—¡negro horror!—
alimenta con varones
escogidos: los cañones
enemigos, de anchas bocas,
y las locas
ambiciones
de soberbio Emperador!

La cruz besa la infelice,
por ser cruz, como cristiana,
y la súbdita bendice
la largueza soberana;
mas en tanto que su boca
besa y habla mansamente,
se subleva el alma humana
en su lóbrego interior,
y rugiendo, medio loca,
de odio ardiente,
de amargura y de dolor,
ya no sierva, ni patriota,
ni devota,
sino madre
en el seno mismo herida
y en las vidas de su vida,
clama a Dios contra el compadre,
maldiciendo al asesino
de sus hijos, al padrino
parricida
del menino,
al siniestro Emperador!

FIDEL CANO

Noviembre de 1917.

Dedicada al distinguido escritor Luis E.
Nieto Caballero.

De cartas íntimas de Fidel Cano

Bogotá, octubre 25, 1912

.....

El lunes elegirán las Cámaras la Comisión Legislativa permanente, que se compondrá de tres Senadores y tres Representantes y funcionará desde que se cierre este Congreso hasta que se reúna el siguiente. Los republicanos del Senado pensaron en votar por mí para el puesto que en esa Comisión les corresponde, y de ello me habló el doctor Quevedo Alvarez; pero yo rehusé y les propuse el candidato que probablemente será elegido (doctor Llorente). Como el puesto es honroso y bien remunerado, pues tiene \$ 20,000 de sueldo, habrá quienes conociendo mi situación, me censuren no haberlo aceptado; pero yo creo que he obrado bien por estas razones: en primer lugar, los miembros de la Comisión deben ser, por la naturaleza de sus funciones y aunque la ley no lo exige, abogados distinguidos, capaces de preparar los códigos y leyes que han de presentar al próximo Congreso y de resolver los puntos dudosos que el Gobierno les consulte, y careciendo yo de esas condiciones, que no son de las que se adquieren de un día para otro, haría mal en ocupar puesto tan importante, tan costoso para el Tesoro Nacional y de tanta responsabilidad, no sólo para quien lo desempeñe sino también para quienes hagan la elección; en segundo lugar, quiero y debo proceder respecto al Gobierno y al partido republicano de suerte que nada haga aparecer el apoyo que les presto como dado a cambio de favores: con perfecto desinterés personal y político los he secundado y los secundaré mientras lo crea justo y me parezca conveniente para la República, y no debo admitir nada que pueda poner en duda ese desinterés. Te conozco y sé que comprendes esta conducta mía y la apruebas ¿no es verdad? Por último, a los dos sinceros motivos de delicadeza que acabo de manifestarte, se ha unido este apego mío a Antioquia, que me hace huir de todo compromiso

en virtud del cual pudiera verme obligado a desprenderme de allá.

Creo haber procedido correctamente en este asunto, y acaso debería callar en absoluto lo ocurrido; pero siento tal necesidad de consultar contigo cuanto me pasa, y sobre todo lo que pueda interesar a tu suerte y a la de nuestros hijos, que no he podido prescindir de comunicarte en la intimidad lo que ha pasado en este caso. Tú y ellos me perdonaréis si hubiere procedido mal. Tal vez para serviros bien, para llenar del mejor modo posible los deberes que tengo para con vosotros, necesito quereros menos o quereros con amor mejor entendido; pero estoy tan viejo ya para emprender la reforma de mi sér íntimo! Me parece que si me propusiera ahora cambiar la estructura de mi corazón, tan debilitado ya por los años y las penas, no lograría otra cosa que romperlo. He visto muchos hombres capaces de ausentarse por años y años del hogar, para irse lejos en solicitud del pan y la fortuna, o bien, tomar consigo mujer e hijos y abandonar patria y familia para buscar en lejanas tierras aquellos mismos bienes, todo por amor, por sincero y vivo amor a los mismos de quienes se alejan o a quienes arrancan de en medio de sus afectos para llevarlos a largas distancias. Yo los admiro, pero no me siento capaz de imitarlos, y comprendo que, si intentando un esfuerzo supremo, lograrse alejarme como ellos, el sacrificio sería esteril, porque en la ausencia la inquietud y la pena no me dejarían hacer nada con tino ni tardarían mucho en dejarme sin razón o sin vida. En mi tierra y en mi casa trabajo, tú lo has visto, y no me importa que la madrugada de un día me sorprenda en la tarea del precedente; pero es que para animarme en la faena diurna tengo tu presencia y la de nuestros hijos, vuestras voces, vuestro ir y venir y tal cual ratito de conversación con vosotros; y para sostenerme en la labor de la noche, el rumor de vuestro aliento, la seguridad de que ahí estáis sanos y salvos, y la esperanza de descansar a tu lado cuando el trabajo se acabe o me rinda. Te tocó por compañero, vida mía, un pobre ser inútil, pero inútil por sobra de amor. Perdónalo, como Cristo a Magdalena, por eso: por haber amado y amar mucho todavía.

Verás cuánto voy a trabajar allá. Las fuerzas son menores que en otro tiempo; pero mayor el estímulo, porque la necesidad del trabajo ha crecido, y porque ahora tengo lo que antes me hacía falta: tu voz de aliento, no para el trabajo mismo, que para éste nunca me faltó, sino para su forma. Siempre anhelé más que ningún otro aplauso el tuyo, y ahora he tenido la viva satisfacción de escucharlo. ¿Es que tu cariño se va tornando piedad? Tal vez; pero así y todo, siento en el alma un suave calor cuando me dices que un escrito mío te ha sonado bien. Mis pobres versos rara vez alcanzaron tal corona.

.....

LA TABLA

(De Coppée)

Frente al mar, y en la puerta de su pobre morada,
La viuda del marino con su hijo está sentada.
Se ve tristeza en ambos. Los rudos temporales
De esos días de otoño causaron tantos males,
Tanto destrozo hicieron, fué tal del mar la saña,
Cual nunca visto había la costa de Bretaña.
Por eso ante el crepúsculo se encuentran abstraídos
Y silenciosos; y ambos de luto están vestidos.

En ese lago quieto, de aguas murmuradoras,
Por donde se deslizan las barcas pescadoras,
Cuyas velas se extienden bajo el oro del día,
¡Quién, al ver esa calma, reconocer podría
Aquel mar tempestuoso, que sólo en un momento,
En el pasado otoño, con ímpetu violento
Destrozó veinte barcas, y que a esa pobre madre
Dejó trocada en viuda y a ese niño sin padre!

El agua azul sonríe; sin nubes brilla el cielo;
Y ella sigue sombría, con hondo desconsuelo
Recordando la tarde trágica de su vida,
Cuando hundió en sus abismos la mar embravecida
A su esposo. «Mas suya fué la culpa», a su hijo,
Que seguía en silencio, sollozando le dijo:
«A desgraciados náufragos que el temporal hundía
¿Cómo sin un socorro dejárseles podría?
Qué tarde horrible! Nadie recordaba en la aldea
Haber visto en su vida semejante marea!
Era tentar al cielo, y era jugar la suerte
Socorrer a los náufragos... ¡era afrontar la muerte!
Tu padre con nosotros estaba. En la bahía,
Recién entrada al puerto, su barca se veía.
—Sin duda están malditos, decíame comiendo,
Los que en el mar aguantan ese chubasco horrendo.—
Como era su costumbre, después de la comida
Salióse de la casa con su pipa encendida,

Y a pesar de la lluvia, varios iban al puerto,
A ver saltar las olas sobre el muelle desierto;
Cuando de pronto observa tu padre en lontananza
Que contra los peñascos un bergantín se lanza.
Aquello fué un instante. Lo empuja el mar, y choca,
Y roto allí en pedazos quedó contra la roca.

«Un bote!» grita al punto. Yo lo miré aterrada.
Y en tanto que los otros le muestran la oleada,
Que viene sobre el puerto rugiendo amenazante,
Grita otra vez: «¡Salvémoslos! Un bote!.... En el instante!
Un bote al mar! Un bote!.... Cobardes no seamos!»
Y seguían sus gritos: «A socorrerlos vamos!
Mi barca! Arriba! Es tiempo! Mi barca no ha temido
Jamás las tempestades ni el mar embravecido,
Y por eso *Adelante* la bauticé»....

Salieron

Todos al mar entonces.... y nunca más volvieron!....

De tarde, en este invierno, y al bajar la marea,
Hasta allá donde vese la espuma que blanquea,
Ir me has visto abatida. Mas todo ha sido en vano....
Nada de entre sus olas devuelve el oceano....
¡Y ese mar que a mis plantas expira en la ribera,
De la barca no arroja ni una tabla siquiera!

Hijo: me prometiste no ser jamás marino.
Cumplirás tu promesa. Será otro tu destino.
El cura, que te quiere, te seguirá enseñando:
Aprenderás las letras, luego a escribir. Y cuando
Grande estés, serás cura. Pasará el tiempo aprisa....
Veré el día dichoso de tu primera misa;
Yo misma pondré flores en el altar.... Oh! cuánta
Será mi dicha, lejos de este mar que me espanta!»

Calla el niño pensando sin duda en los chicuelos
Que ve sobre chalupas y ágiles barquichuelos,
En las azules aguas, desde que el día brilla,
Caminar en la borda, bajar a la escotilla,
Mientras que él no se atreve, ni nunca se ha atrevido,
Un cable a atar siquiera. Cumple lo prometido.

Y cuando terminada la lección de lectura,
El viejo *Silabario* cierra de tarde el cura,
Y le dice que es hora de que a jugar se vaya,

Descalzo, arremangado, se aleja por la playa,
Y así engaña sus sueños el hijo del marino.
Pero entre los cabellos el áspero y salino
Viento sentir que sopla; sentir el agua fría
Que a la rodilla sube; ver en la lejanía
Las olas que se rompen bajo azulada bruma
Y que el peñasco cubren de iridescente espuma;
Ir conchas o mariscos buscando por la costa,
O saltar, sobre piedras, detrás de una langosta,
Eso no le bastaba; quería más; quería
La barca que se aleja bajo el fulgor del día,
Con sus palos erectos y sus velas redondas;
Quería el horizonte, los tumbos de las ondas,
Y la embriaguez del alma sobre la mar rugiente,
Cuyos acres aromas hablaban a su mente
De países lejanos.... ¡Tal era su delirio!
Y hacía muchos meses que ese era su martirio!

Y va pasando el tiempo. Llega otro otoño horrible;
Y un día los marinos, a la luz apacible
De un cielo gris, entre ellos hablando, hacia el poniente
Sobre el mar tempestuoso, señalan de repente,
Un velero que avanza contra las rocas.

Brava

Marejada envolvíalo.... más y más se encrespaba....
En las revueltas olas aquello parecía
¡El estertor postrero del barco en la agonía!

«Un bote al mar! Un bote!» dice alguien con voz ruda,
«Al mar! a socorrerlos! A prestarles ayuda!....»

Y todos recordaban a los que al mar salieron
A salvar a unos náufragos y nunca más volvieron;
Mas de pronto a una barca se abalanzan, y en tanto,
Todo lo ve la madre con indecible espanto;
Y a su hijo abrazando, le murmura al oído:
«¿Sabes? me lo ofreciste.... lo tienes prometido,
No irás!» Con las pupilas dilatadas, la frente
Pensativa, y el labio mordiéndose impaciente
Nada responde, y mira con absorta mirada,
Que ya los hombres tienen la barca aparejada.
De repente una ola gigantesca y sombría
Que avanza rugidora por la turbia bahía,
Se estrella con fracaso, toda la playa moja,
Y a las plantas del niño, tabla podrida arroja.

En la tabla estas letras leíanse: *Adelante.*

De su abismo esa tabla sacaba el mar de Atlante.
¡Mandato de su padre sobre las olas eral
Listos los remadores sacan de la ribera
La barca. De los brazos maternos se desprende;
Detrás de los marinos veloz carrera emprende;
Salta al bote con ellos, y al punto un remo ensaya....
¡Y allá van con la ola que vuelve de la playa!

Cómo con la mirada todos los van siguiendo!...
Virgen Santa! Las olas cuán altas y qué estruendo!
Parece que se hundén! Jesús! Naufraga el bote!
Mas no! Las olas pasan y ellos están a flote!
Y siguen!... Van llegando.... Ya se les ve acercarse!
Ya era tiempo! Ya el barco comenzaba a inclinarse!

Ya vuelven! Los pañuelos agitan! Qué arrojados!
El bote viene lleno!...

—«¿Cuántos?»

—«Todos salvados!»

«Hurra! Pronto una amarra!»

Y en tanto que gozosos,

Náufragos y marinos, saltando presurosos
De piedra en piedra vienen, hacia la madre el niño
Se lanza. Ella lo abraza, lo besa; y con cariño
El le dice al oído: «No me regañes, madre,
¡Tan contento estaría mirándome mi padre!»

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

Comentando una fábula

El cuerno roto

Los malos gobiernos no gustan de la oposición. No queriendo hacer lo mejor para el pueblo, sino lo que a intereses individuales o de círculo convenga, suprimen los consejos de la opinión pública; pero no está a su alcance suprimir la evidencia de la injusticia, de la inconveniencia o de la ilegalidad de los actos del poder público. Y la evidencia grita lo que el miedo hace callar, como el *cuerno roto* de la cabra de Babrias:

EL CABRERO Y LA CABRA

Para entrar al aprisco
un pastor recogía
el rebaño andariego
de sus cabras, que hacían
unas caso á sus voces,
obedientes y activas;
las demás, remolonas,
caminaban tardías;
mas una, sobre todo,
paciendo, entretenida,
en la cañada honda,
las tiernas hierbecillas,
no se cuidaba mucho
de tanta gritería.

El pastor, con certero
infeliz pulso, tira
vigorosa pedrada
y rompe a la cabrita,
de sus dos cuernos, uno.
Entonces: «Buena amiga»,
suplicante la implora,
«Sin saber lo que hacía
te he mutilado, injusto.
Del amo la avaricia
conoces como yo;
de tu callar mi vida
bien puede depender;
guarda silencio, pía,
de mi fatal error.»

—«*Si la evidencia brilla
¿qué es lo que puedo hacer?
Callarme yo podría
pero mi cuerno roto
más fuerte que yo grita.*»

BABRIAS

Babrius, Babrios o Babrias, vivió bajo Domiciano, según unos; en el siglo II, según otros. Publicó diez libros de fábulas en verso, casi todas de Esopo. El manuscrito de su colección fué hallado en 1844 en el Convento del Monte-Athos, por Minoide Mynas, y publicado por el filólogo francés Boissonnade. El manuscrito pertenece al Museo Británico de Londres.

EREMITA

Anatomía Elemental del Cuerpo Humano

REPRODUCCIÓN DE LAS CÉLULAS

(PROTOPLASMA)

[Si se encierra un puñado de harina de trigo, mezclada con un poco de agua fría, en un saco de tela basta, y se coloca este saco en una gran vasija llena de agua, y se amasa con las manos la harina, ésta se torna pastosa y el agua blanquiza. Si se vierte esta agua y continúa amasándose la harina con agua fresca se produce el mismo hecho. Después de varias operaciones parecidas la pasta se vuelve cada vez más viscosa, mientras el agua se hace cada vez menos blanca y acaba por permanecer clara. La sustancia viscosa así obtenida, se llama *gluten*; en el comercio es la sustancia conocida con el nombre de macarrones.

Si se deja reposar durante algunas horas el agua en que ha sido lavada la harina, se encontrará en el fondo de la vasija un sedimento blanco recubierto de un líquido incoloro, formado de granos finos de *almidón*, de los que cada uno, examinados al microscopio, posee una estructura en laminillas concéntricas. El líquido en que se ha posado el almidón se vuelve turbio si se somete a la ebullición, lo mismo que la clara de huevo desleída en agua, y a menudo se reúne en el fondo de la vasija una sustancia blanquiza granulosa, llamada *albúmina vegetal*. Además de la albúmina, el gluten y el almidón, el grano de trigo encierra otras sustancias acerca de las cuales ese método de análisis no nos da informe. Se encuentra, por ejemplo, una materia leñosa, la *celulosa*, y cierta cantidad de azúcar y de grasa. Encierra, además, cierta proporción de cuerpos minerales, entre ellos pedernal puro o *silice*. En las plantas vivas todos esos cuerpos están combinados con una gran proporción de agua, o bien están disueltos o suspendidos en este líquido.

Si se recoge la *clara* del huevo de gallina y se calienta, se vuelve turbia y forma un sólido blanco muy semejante a la albúmina vegetal, que se llama *albúmina animal*.

La carne contiene albúmina y algunas otras sustancias muy parecidas a ella, llamadas *fibrina* y *sintonina*.

La albúmina de la planta se parece mucho a la del animal, y la fibrina y la sintonina del animal son cuerpos ligados estrechamente a la albúmina y al gluten; cuando se les calienta lo suficiente o se les deja en putrefacción exhalan el mismo hedor des-

agradable. El análisis químico ha revelado por otra parte, que están todos ellos compuestos de los mismos elementos, el carbono, el hidrógeno, el oxígeno y el ázoe combinados en las mismas proporciones a corta diferencia. El carbón vegetal, que es el carbono impuro, puede obtenerse calentando mucho sea un trozo de carne de gallo, sea un puñado de granos, en una vasija de la que se haya extraído el aire para impedir que el trigo o la carne se quemara. Si la vasija fuera un alambique, de modo que los productos de esta destilación, que así se llama, fueran condensados y reunidos, encontraríamos en el recipiente agua y amoníaco en una u otra forma. Luego el amoníaco es un compuesto de dos cuerpos elementales, el ázoe y el hidrógeno; por consiguiente, el ázoe y el hidrógeno debían estar contenidos en el cuerpo de donde ha derivado el amoníaco. Es, pues, indudable, que los compuestos azoados, que tienen entre sí mucha semejanza, forman gran parte de los cuerpos químicos de la planta de trigo y del gallo, cuerpos a los cuales se les da el nombre de *proteidos*.

Las sustancias proteicas sólo se encuentran en los animales y en las plantas, en todos los períodos de su existencia. La composición de los cuerpos vivientes puede variar hasta el infinito. Así, ciertas plantas no contienen ni almidón ni celulosa, mientras que estas sustancias se encuentran en algunos animales; muchos animales no encierran ni materia córnea ni sustancia gelatinosa. La materia que parece ser esencial en la formación del animal y de la planta, es, pues, la sustancia proteica unida al agua, bien que sea probable que en todas las plantas y en todos los animales esté asociada a más o menos sustancias grasas o amiloides, y a pequeñas cantidades de ciertos cuerpos minerales, de los que los más importantes parecen ser el fósforo, el hierro, la cal y la potasa. Existe, pues, una sustancia compuesta de agua y materias proteicas, grasas, amiloides y minerales, que se encuentra en todos los animales y todas las plantas, y cuando éstos *están vivos* la referida sustancia se llama PROTOPLASMA.

Se dice que la planta de trigo que crece en los campos es viviente; se dice también, que el gallo que retoza en el patio de la granja, es viviente. Si se arranca la planta, si el gallo recibe una pedrada en la cabeza, ambos mueren pronto, se convierten en cosas *muertas*. El gallo y la planta de trigo están, como hemos ya visto, compuestos de los mismos elementos que entran en la misma composición de la materia mineral, bien que reunidos en conjuntos que no existen en el mundo mineral. ¿Por qué, pues, designamos esta materia, cuando toma la forma de una planta o de un animal—como se ha explicado—como una *materia viva*? (Extrac. de Tomás Huxley).

El sér vivo nace, se alimenta, se desenvuelve, se reproduce y muere.

Los cuerpos vivientes difieren de los cuerpos minerales, por su composición esencial, por su modo de desarrollarse y por el hecho de ser reproducidos por gérmenes. Los elementos de la materia viva son idénticos a los de los cuerpos minerales, y las leyes fundamentales de la materia y del movimiento se aplican así a la materia viva como a la materia mineral; pero todo cuerpo vivo es, para decirlo así, una pieza de complicado mecanismo que no «marcha» o vive más que en ciertas condiciones. El germen contenido en el huevo de gallina, no exige, para formar con las moléculas del huevo el cuerpo del polluelo, más que una provisión de calor entre ciertos límites de temperatura. Este proceso de desenvolvimiento del huevo, como el de la semilla, no es ni más ni menos misterioso que aquel en virtud del cual las moléculas del agua se agrupan en cristales regulares cuando se enfría hasta el punto de congelación. El estudio profundo de los cuerpos vivientes nos hace entrar de lleno en el dominio de la Biología.]

ARADOR

(Seguirá)

La más ridícula presunción

El Dr. Antonio Menger, Profesor de Derecho en la Universidad de Viena, se expresa así en su libro "El Derecho Civil y los pobres": «Hoy, cuando las leyes de todo Estado civilizado ocupan bibliotecas enteras, y apenas se encuentra quién conozca superficialmente todo el sistema jurídico de su país, la presunción de que todo ciudadano conoce todas las leyes es la más ridícula de las invenciones; y los perjuicios que el legislador ocasiona por la ignorancia de las leyes, son una injusticia palmaria, injusticia además que, como fácilmente puede mostrarse, hiere especialmente a las clases inferiores de la sociedad.»

La instrucción es una evolución, y como tal no tiene propósito final.

La escuela donde se estudia en tres años lo que puede aprenderse en tres meses, es una escuela de ociosidad y pereza.

Los cursos públicos, los museos, son los mejores modelos de escuelas que no se proponen educar.

En instrucción el único método es la experiencia, y su criterio es la libertad.

TOLSTOI

Desde que el método experimental disciplinó la ciencia, el progreso humano ha continuado su marcha ascendente y triunfal, arrojando a su paso la ignorancia, la superstición y el charlatanismo.

Los espíritus timoratos, soñadores y de escasa cultura, que tanto abundan en las repúblicas hispano-americanas, miran con desdén no exento de pueril temor las investigaciones científicas, ya porque conducen, según ellos, a un materialismo que causará la perdición de la moral, ya porque cortan las alas a la fantasía, matan el arte y hacen más prosaica aún nuestra mísera existencia. Ambos cargos son igualmente infundados e infantiles. La experimentación puede conducir al materialismo científico, esto es, a no admitir sino lo que se puede probar, rechazando lo sobrenatural y absurdo, en lo cual se procede con perfecto derecho y buen juicio; pero una cosa es el materialismo científico profesado por multitud de hombres célebres de conducta intachable, y otra el materialismo moral que nace precisamente de lo contrario, esto es, de la falta de toda cultura y del imperio absoluto de los apetitos groseros.

Más vano aún es el otro temor, el de que la mente humana gire en el estrecho círculo de la utilidad sin remontarse a regiones superiores. Nada dignifica tanto al hombre como la ciencia; nada puede caracterizar mejor la superioridad de nuestra inteligencia que esos grandes descubrimientos que han permitido al hombre encadenar los elementos de los cuales era antes esclavo, arrancar de las entrañas de la tierra la historia del planeta y descorrer el velo que cubría los más recónditos secretos del universo.

¿Qué creación del arte puede igualar como trabajo intelectual al descubrimiento de Neptuno? ¿No es cierto que en la antigüedad habría sido adorado como un Dios ese Leverrier que por medio de cálculos hizo brillar en el espacio un nuevo astro que sus ojos no habían visto? ¿Será superior el placer del artista que termina su obra al del sabio que ve aparecer en el fondo de su retorta la sustancia desconocida cuya existencia y propiedades había sospechado? ¿No es un deleite proseguir por días, meses o años una investigación laboriosa y ver confirmarse poco a poco las hipótesis planteadas y aparecer los fenómenos que nuestro razonamiento había anticipado? La ciencia reserva a los que la estudian un placer tan puro e intenso como el del arte: éste educa la sensibilidad y el gusto, contribuyendo *indirectamente* al progreso moral; pero aquélla impulsa el progreso general contribuyendo *directamente* al mejoramiento moral y material de las sociedades e individuos. El bienestar de que hoy disfrutan los pueblos, su vida incomparablemente mejor que la de antaño, no es obra de los poetas, músicos ni pintores, sino del grupo de hombres silenciosos y modestos que trabajan incansablemente en sus laboratorios para el bien de los demás.

CARLOS GAGINI

Del libro *La Ciencia y la Metafísica*.

José Cecilio del Valle y el Panamericanismo

Del libro *Historia del Periodismo en Guatemala*, por Virgilio Rodríguez Beteta.

En materia de Panamericanismo nada tan digno de estudio como un artículo con que Valle cerró su periódico que, con la independencia, había terminado su misión, teniendo, probablemente, que reaparecer bajo otro nombre y más amplio campo de acción. En una de las últimas páginas de *El Amigo de la Patria* hallamos el artículo que, por primera vez en Centro América, habla concretamente de la necesidad de establecer una solidaridad estrecha entre los países del Continente. Valle va más lejos aún que los más avanzados panamericanistas de la época, y con toda claridad habla de la federación de todas las que fueron colonias tanto latinas como anglosajonas. Siendo tan interesante ese artículo que en seguida vamos a analizar, no podemos menos que reproducirlo íntegramente al pie del texto.

Si en Sud América, desde 1810, había habido promotores de la idea de un panamericanismo en forma de confederaciones y ligas, no sabemos de ninguno que en el Centro ni en el Norte la hubiera expresado antes que José Cecilio del Valle. Todavía más: comparando sus bases con las concebidas en el Sur, las suyas son mucho más completas y avanzadas. Ese artículo de *El Amigo de la Patria* despertó tal interés hacia la iniciativa de que trataba, que la primera Asamblea Constituyente de la República de Centro América la tomó por su cuenta y lanzó una excitativa a las demás del Continente para poner las bases de una confederación general con los

siguientes fines: que representase unida a la gran familia americana—garantizase la libertad e independencia de sus Estados—los auxiliase—los mantuviese en paz—resistiera las invasiones del extranjero—revisara los diferentes tratados de las repúblicas entre sí y de las repúblicas con los diversos países de Europa—crease una competente marina—hiciese general el comercio de todos los Estados, arreglando las leyes sobre el giro y demás valores comerciables y las tarifas de Aduana—acordase, en fin, todas las demás medidas para impulsar la prosperidad de los mismos Estados. (Decreto de la A. N. C. de 6 de noviembre de 1823).

Este hermoso y memorable Decreto está calcado en el artículo de *El Amigo de la Patria* (suponemos, con razón, que Valle lo redactó) y es una de las principales fuentes a que hay que acudir cuando se estudia la historia del Panamericanismo y del primer Congreso reunido por Bolívar en Panamá, por más que los historiadores y publicistas que se han ocupado en tales estudios no lo citen, sin duda porque no lo han conocido. •

A ese Congreso, reunido el 6 de noviembre de 1826, e inspirado, o estimulado por lo menos, por la excitativa de la Asamblea de Centro América, concurren nuestros delegados; y fueron ellos de los pocos que siguieron pacientemente el éxodo de vacilaciones e incertidumbres a que estuvo sujeta la sede en que debería tener lugar el próximo.

En el desarrollo de la idea panamericanista toca, pues, un puesto de primacía a Centro América, y en ésta es al artículo de Valle al que corresponde el honor de la iniciativa.

Veamos ahora, en análisis, hasta dónde llegó el primer pensamiento de una federación de todos los países de América, nacido en el cerebro del más clarividente de los periodistas centroamericanos de aquel tiempo.

Ya hemos visto cómo la idea de la unidad de destinos del Continente era una obsesión en la mente de Valle: a hacerlo ver hemos consagrado los últimos capítulos, para

deducir de ellos la espontaneidad con que brota en los últimos artículos de su *Amigo de la Patria* este ulterior, magno proyecto.

Por más que la América apareciera dividida en dos grandes grupos de raza (la anglo-sajona al Norte, y la indo-latina en parte del Norte—México—y todo el Centro y el Sur) indudablemente el prócer comprendía con claridad que existen características tan generales que hacen aparecer al Continente con una peculiar individualidad común. Estas características pueden ser mejor vistas ahora, después de los estudios de historia e internacionalismo que se han hecho en un siglo de vida independiente, y son: el advenimiento a la vida del mundo en una misma época, por el descubrimiento de Cristóbal Colón y de los navegantes españoles, portugueses e ingleses que le siguieron; la conquista en una misma época y en una misma forma (colonización) que se encontró para ser viables los territorios descubiertos; la sujeción durante varios siglos a una metrópoli, y, por último, las mismas causas esenciales (aunque de muy diversas formas) que depararon el deseo por la Independencia.

Aunque esas formas de colonización hayan sido tan distintas en el Norte y en el Centro y el Sur, dando forma diversa de existencia a las entidades o grupos de pueblos que se formaron, y aunque esas formas que llevaron a la Independencia hayan sido tan distintas, en el fondo de ambos fenómenos alienta el mismo problema: en el primero, el deseo de la posesión de los nuevos territorios; en el segundo el deseo de liberación de la tutela extraña.

Al contrario, pues, de lo que sucedió en Europa, donde la historia no comienza en época determinada y comprende países que tienen muy diverso grado de desarrollo y que se han desarrollado separada y desigualmente, que se tuvieron siempre por enemigos unos de otros hasta que vino la Europa de 1815, y que, aun después de ese momento, han tenido sus guerras sin cuartel por sus intereses antagónicos de comercio e industria, en América la historia comienza en un momento dado, las

nacionalidades se asientan sobre territorios que estaban ocupados por la misma clase de aborígenes (a pesar, también de sus diversos grados de desarrollo en tiempo de la conquista), la raza mestiza se forma en todos los territorios latinoamericanos por el cruzamiento de europeos e indígenas, y se forman, tanto en los latino-americanos como en los anglo-sajones, el grupo fuerte y el sentimiento criollos, dando todo ello por resultado una comunidad de aspectos que forma una solidaridad de orientaciones.

El descubrimiento les da vida. La conquista quema los restos de la vida antigua. La colonización los nutre. La Independencia los hace hombres. Este acontecimiento, sobre todo, vino a subrayar las características comunes y a impulsar el sentimiento solidario. En cincuenta años se transforma el sistema en todos los territorios de América. Treinta años en el Norte y once en toda la América Latina. Es un estallido simultáneo, pues, en que se adoptan sistemas contrarios a los de Europa, poniendo la democracia frente a la aristocracia y a la monarquía absoluta, y adoptando puntos de mira e ideales comunes, opuestos a los de Europa. Sin colonias como Europa, sin luchas de razas, sin luchas de religión, sin lucha de clases, sin lucha de nacionalidades que hiciera necesario el implantamiento, como en aquélla, de una política de equilibrio receloso, nada han tenido que ver con los problemas que han agitado y hoy día siguen agitando a Europa.

Hasta sus mismos vitales defectos son comunes: la despoblación de su territorio que requiere, al revés de Europa, inmigración y capitales; los litigios, y hasta guerras, por cuestión fronteras, en razón de lo mal demarcados que dejó los límites la dominación colonial; las guerras civiles por razón del caudillismo, basado en la existencia de una gran masa de población analfabeta y de la falta de unidad de criterio e ideal en los grupos dirigentes, etc., etc.

En fin, América, nacida por el descubrimiento y desarrollada por la colonización europea, al darse vida propia quiso hacerse distinta de Europa, grabando en sus leyes e instituciones todos los ideales de la enciclopedia y de la


filosofía de los siglos xvii y xviii.

Entra aquí, precisamente, el gran mérito de Valle: que comprendiendo estas innovaciones de la revolución, luchó con su doctrina porque no incurriéramos en los errores económicos y legislativos en que incurriríamos ineludiblemente por falta de doctrina propia explicativa de aquellos ideales, al copiar de Europa y Norte América (y, al decir esto, recuérdese que estamos estudiando la labor de Valle como periodista únicamente, ya que su vida pública de hombre de Estado ofrece contradicciones con esa innata propensión a originalidad, explicables, sin duda, por las circunstancias en que lo colocaba el turbión general de los acontecimientos, a que el hombre de Estado, bien distinto del sabio que escribe desde su gabinete, tiene que pagar tributo). Su doctrina periodística lucha por que las leyes centroamericanas no fueran copia de las europeas, que nos habían regido durante la colonia, por que entendiéramos nuestros problemas económicos según el peculiar aspecto de nuestra situación, tan diversa de la europea. Así, hablaba de la valorización maravillosa que toman nuestras tierras al cultivarlas y de las fuentes inagotables de riqueza agrícola y mineral, bases de nuestro comercio, en compensación de la industria manufacturera que nos falta. Por eso Valle tendía a que fuéramos originales al legislar y proceder en cuestiones agrarias, monetarias, bancarias y de metalurgia (las monetarias y bancarias no las aborda concretamente, porque hubiera sido adelantarse a problemas que carecían de bases claramente planteadas entre nosotros, pero ya hay un esbozo de tales materias en sus artículos sobre minas y comercio).

Toda esta solidaridad, pues, de índole etnográfica, internacional, constitucional y económica, inspiró a Valle su magno proyecto. En sus tiempos la delineación de la idea panamericanista no podía percibirse tan completa como podemos verla ahora a través de la historia. Fué el movimiento general por la independencia el que vino a dar forma al sentimiento de la solidaridad. Al principio no existía ni ese claro anhelo de Independencia. Se trataba


simplemente de defenderse de los alcances que pudiera intentar el gobierno intruso de Napoleón.

Acéfala la monarquía, se empezaron a fundar las juntas que representaran los intereses del pueblo. Restablecido Fernando y violada la Constitución, estas Juntas, que ya habían tenido ocasión de ensayar los beneficios de su existencia, evolucionaron en el sentido del trabajo por la autonomía. Las juntas del gobierno (establecidas también en España) no se limitaron como en ésta a preservar la soberanía popular para devolverla al rey a su regreso del cautiverio. Ensayaron el Gobierno nacional, y de él brotó el anhelo de Independencia.

Centro América sólo sabía por repercusión de este movimiento. Ecos de él fueron los conatos de sublevaciones y las conspiraciones que se sucedieron desde 1811. Aprovechando todas las circunstancias favorables de un Capitán general débil, de un pueblo presto a dejarse llevar, y de la independencia proclamada por todas las demás colonias, el grupo de patriotas que dirigía a la sociedad y al pueblo, y que era la única clase que pesaba en la cosa pública, hizo la Independencia.  Todo el mérito de ese paso se debe a la clase ilustrada, que supo dominar a aquellos elementos españolistas que pudieron haber armado al pueblo contra los independientes. Se ha llegado a pensar, en presencia de los fracasos posteriores, si esa independencia no sería prematura. Pero creemos que no pudo hacerse otra cosa. Tenía que seguirse el movimiento general de la América en el justo anhelo—encendido poco a poco en la clase ilustrada, que ya leía los libros de la revolución francesa y los dos periódicos que se publicaban en Guatemala, que ya discutía cuestiones políticas y se irritaba de las injusticias de las autoridades españolas y aun de la Constitución—de ensayar los beneficios de la libertad, capaces de deslumbrar a espíritus menos preparados. Aun más: desde el punto de vista panamericano, la Independencia de Centro América fué grandemente útil a todo el Continente, pues con ella se sustrajo del dominio español a la sección situada

en el corazón de América, y desde la cual la reconquista hubiera hallado el campo más propicio para lanzarse sobre Nueva España y Sud América.

Siguió, consiguientemente, Centro América el movimiento que de un golpe ponía a la democracia frente a la monarquía: a la reforma frente a la tradición. Frente a lo que era producto de los siglos, lo que era de las teorías filosóficas. Frente a un régimen que perpetuaba el poder del Estado sobre el individuo, uno que propendía a la absoluta libertad individual. Mientras en Europa la historia de las instituciones se pierde en el pasado, en América surge como un contrato social. Todo nació de la revolución: pues autoridades, fuerza, ley, periodismo, reconocieron su origen en la voluntad popular.

 Precisamente esta característica del contrato social, originándolo todo, fué una de las desgracias de Centro América, porque el principio se exageró, queriéndosele aplicar con exclusión de los hechos reales; sin tomar en cuenta éstos, se creyó que podía transformarse una nación, la ignorancia en opinión pública, la sed de mejoramiento económico en sed de ideales, por medio de leyes constitutivas y códigos.

Pero de cualquier manera el enfrentamiento se verificó en todas partes, lo mismo en el Norte que en el Sur del Continente; y el Norte, ya independizado, veía con simpatía el movimiento de la América Latina, que se inspiraba en el suyo y que, además, le reportaba las ventajas de la vecindad de un grupo de pueblos libres con análogas instituciones a las suyas.

De la comprensión de todas estas razones de solidaridad nació el proyecto de Valle.

El que hemos bosquejado es, según los internacionistas que se han ocupado en el asunto, el esquema del panamericanismo, tal como hoy se puede construir con los elementos históricos que se posee. (1) Pero en aquellos tiempos la idea era embrionaria y no hallamos un solo

(1) Véase la «Diplomacia Internacional Chilena», por el ilustre internacionista sudamericano Alejandro Alvarez, que trata magistralmente todas estas materias.

prócer ni publicista que la conciba tan amplia y completamente como Valle.

Bolívar, que es la primer figura de América Hispana, acarició su proyecto desde 1810, pero su idea de solidaridad continental comprende únicamente los países de habla española. En un documento de 1813, propone que la América del Sur se confedere bajo un gobierno central, pero sólo la del Sur.

Quería Bolívar el contrapeso de Europa y llegar, así, al equilibrio universal. En 1815 hay otra carta con análogas tendencias. En 1818 ya habla de un «futuro pacto americano que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente a la América ante el mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas». En 1822 invita en nombre de Colombia a las demás repúblicas del Continente a celebrar tratados de alianza; y por último, en 1826 (cinco años más tarde del proyecto de Valle) reúne el Congreso de Panamá para darle forma jurídica a la unidad con que ha soñado para la América. Hasta aquí Bolívar.

Miranda, Sucre, San Martín y O'Higgins expresaron en diversas épocas ideas parecidas. También Alvarez Jonte, delegado argentino a la Junta patriótica de Chile, las expresó en 1810. Y finalmente Martínez de Rosas y Egaña, dos ilustres periodistas chilenos, habían, desde 1810, concebido y trabajado por la solidaridad continental y la confederación de los países de origen español. Martínez de Rosa en el Catecismo político Cristiano que se le atribuye, recomienda formar un gobierno provisorio mientras las colonias españolas de la América del Sur—a ejemplo de las del Norte—forman una confederación de Estados capaces de rechazar la dominación extranjera. Egaña, en su «Proyecto de Declaración de Derechos del Pueblo de Chile» consigna para su plan, estas cuatro ideas fundamentales:

La Independencia de los países hispano-americanos; la unión entre todos ellos para consolidarla y así el gobierno interior de cada uno; el acuerdo con Europa para llevar

a cabo esos propósitos; y la reunión de un Congreso general americano para hacer respetar los derechos de las colonias emancipadas.

Finalmente, Monroe, en su célebre mensaje de 1823 que dió origen a la traída y llevada doctrina que lleva su nombre, asentó las bases de la independencia del Continente, trazando las bases de la política internacional de las naciones del Nuevo Mundo. Pero mientras Martínez de Rosas sólo habla de los países españoles y mientras Egaña quiere la confederación de acuerdo con Europa, como conveniencia hasta para ésta y como un resultado de su equilibrio político, Monroe no va tan lejos en sus miras como para crear los Congresos y la Confederación de los países continentales. Monroe comprende que América es enteramente distinta y nada tiene que ver con Europa, pero no proclama al mismo tiempo que el principio de independencia el de igualdad de sus naciones.

Ahora compendemos el proyecto de Valle.

Valle habla de todos los Estados de América, fuertes y débiles, para que todos se protejan contra una posible agresión del extranjero.

Quiere a todos los Estados de América confederados sobre la misma base de igualdad.

Quiere que en ese Congreso, al revés de los de Europa, se discuta persiguiéndose el derecho de los pueblos y no el de los reyes y funcionarios.

Que ese Congreso estudie sus grandes problemas sobre la base de los cuadros estadísticos que permitan apreciar con toda exactitud las circunstancias.

Que no sólo se provea a la defensa del enemigo extranjero, sino al cáncer interior: las guerras intestinas.

Que sobre la base de la paz, se trace el plan de la riqueza del Continente, fin tan necesario como la libertad.

Que no sólo se forme la federación sino el plan económico del enriquecimiento de las naciones de América.

Que se concreten los contingentes de hombres y recursos con que cada cual debe contribuir al socorro de los demás.

Que no tenga un Estado intervención en los asuntos de otro sino hasta la concurrencia de ese contingente señalado, y que ese auxilio tenga por director a las Cortes de Justicia de las provincias en discordia. Y finalmente que se establezca el comercio mutuo sobre las bases más favorables, tratando del establecimiento de una marina común.

Como se ve, estos principios son más concretos y avanzados que cualquiera de los anteriormente expuestos. Que esos principios no son los de un idealista utópico, nos lo dice el hecho de haberse ido ellos realizando a medida que el Continente ha ido haciendo sus conquistas en el terreno de un derecho internacional americano. Ningún prócer, periodista ni publicista concibe mejor la existencia de un sistema netamente continental, de las tres Américas. No sólo aborda los intereses económicos de que nadie había hablado, parangonando la necesidad de libertad con la de la riqueza nacional, sino que resuelve el problema de las luchas entre Estado y Estado por medio de tribunales internacionales de justicia. Por eso creemos poder asentar al final del estudio de *El Amigo de la Patria*, que su editor y redactor, el ilustre sabio Valle, fué el americano que más amplía y completamente concibió la doctrina de una solidaridad continental.

El artículo de *El Amigo de la Patria* dice así:

La América estaba dividida en dos zonas contrarias entre sí, obscura la una como la esclavitud, luminosa la otra como la libertad.

N. España, Guatemala, San Salvador, Comayagua, León y Panamá, formaban una extensión inmensa de territorio sometido al gobierno español. El nuevo reino de Granada, Santa Fe, Caracas, Buenos Aires y Chile, formaban un espacio dilatado de tierra libre e independiente.

Si en el antiguo mundo los países septentrionales eran el suelo de la libertad, en el nuevo los australes fueron la tierra venturosa donde brotó primero (a).

(a) No hablo de toda la América. Hablo de lo que se llamaba América Española.

El Sur se cubría de sangre por defender sus derechos; y el Norte mandaba millones, al gobierno que intentaba sofocar aquellos derechos.

No hubo simultaneidad en la causa justísima de nuestra independencia; y esta falta grave aumentó las fuerzas de España: entorpeció la marcha de América; y fué origen de males que llora el amigo de los hombres.

La unidad de tiempo es en los grandes planes la que multiplica la fuerza y asegura el suceso; la que hace que dos tengan más poder que un millón. Cien mil fuerzas obrando en períodos distintos sólo obran como uno. Diez fuerzas obrando simultáneamente obran como cien.

No marchó la América con el plan que exigía la magnitud de su causa. Lo que hace derramar más lágrimas: lo que penetra más la sensibilidad: lo que más horroriza a la naturaleza es lo que se vió en los países hermoeados por ella. Sangre y revoluciones son los sucesos que refiere la Historia;—muerte y horrores son los hechos de sus Anales.

La pluma se resiste a escribirlos: la memoria se niega a recordarlos..... Volvamos los ojos a lo futuro. Ya está proclamada la independencia en casi toda la América: ya llegamos a esa altura importante de nuestra marcha política: ya es acorde en el punto primero la voluntad de los americanos. Pero esta identidad de sentimiento no produciría los efectos de que es capaz, si continuaran aisladas las provincias de América sin acercar sus relaciones y apretar los vínculos que deben unirlos.

Separadas unas de otras siendo colocadas en un mismo hemisferio, el mediodía no existe para el Norte, y el Centro parece extranjero para el Sur y el Septentrión (b). El reposo de las unas no es un bien para las otras. Chile ignora el estado de N. España; y Guatemala no sabe la posición de Colombia.

La América se dilata por todas las zonas; pero forma un solo continente. Los americanos están diseminados por todos los climas; pero deben formar una familia.

(b) Hablo del Istmo de Panamá del cual no sabemos si ha pronunciado su independencia.

¿Si la Europa sabe juntarse en Congreso cuando la llaman a la unión cuestiones de alta importancia, la América no sabrá unirse en Cortes cuando la necesidad de *ser*, o el interés de *existencia más grande* la obliga a congregarse?

Oid, americanos, mis deseos. Los inspira el amor a la América, que es vuestra cara patria y mi digna cuna.

YO QUISIERA:

1.º—que en la provincia de Costa Rica, o de León, se formase un Congreso general, más espectable que el de Viena, más importante que las dietas donde se combinan los intereses de los funcionarios y no los derechos de los pueblos:

2.º—que cada provincia de una y otra América mandase para formarlos sus diputados o representantes con plenos poderes para los asuntos grandes que deben ser el objeto de su reunión:

3.º—que los diputados llevasen el estado político, económico, fiscal y militar de sus provincias respectivas para formar con la suma de todos el general de toda la América:

4.º—que, unidos los diputados y reconocidos sus poderes, se ocupasen en la resolución de este problema: *Trazar el plan más útil para que ninguna provincia de América sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas:*

5.º—que resuelto este primer problema, trabajasen en la resolución del segundo. *Formar el plan más eficaz para elevar las provincias de América al grado de riqueza y poder a que pueden subir:*

6.º—que fijándose en estos objetos formasen: I.—La federación grande que debe unir a todos los Estados de América: II.—El plan económico que debe enriquecerlos:

7.º—que para llenar lo primero se celebre el pacto solemne de socorrerse unos a otros todos los Estados en las invasiones exteriores y divisiones intestinas: que se designase el contingente de hombres y dinero con que

debiese contribuir cada uno al socorro del que fuese atacado o dividido; y que para alejar toda sospecha de opresión en el caso de guerra intestina, la fuerza que mandasen los demás Estados para sofocarla, se limitase únicamente a hacer que las diferencias se decidiesen pacíficamente por las Cortes respectivas de las provincias divididas, y obligarlas a respetar la decisión de las Cortes:

8.º—que para lograr lo segundo se tomasen las medidas necesarias y se formase el tratado general de comercio de todos los Estados de América distinguiendo siempre con protección más liberal el giro recíproco de unos con otros y procurando la creación y fomento de la Marina que necesita una parte del globo separada por mares de las otras.

Congregados para tratar estos asuntos los representantes de todas las potencias de América ¡qué espectáculo tan grande presentarían en un Congreso no visto jamás en los siglos, no formado nunca en el antiguo mundo, ni soñado antes en el nuevo!

No es posible numerar los bienes que produciría. La imaginación más potente se pierde desenvolviendo unas de otras sucesivamente todas las consecuencias que se pueden deducir.

Se crearía un Poder, que uniendo las fuerzas de 14 ó 15 millones de individuos haría a la América superior a toda agresión; daría a los Estados débiles la potencia de los fuertes; y prevendría las divisiones intestinas de los pueblos, sabiendo éstos que existía una federación calculada para sofocarlas.

Se formaría un foco de luz que, iluminando la causa general de la América, enseñaría a sostenerla con todos los conocimientos que exigen sus grandes intereses.

Se derramarían desde un centro a todas las extremidades del Continente las luces necesarias para que cada provincia conociese su posición comparada con las demás, sus recursos e intereses, sus fuerzas y riquezas.

Se unirían sabios que teniendo a la vista el mapa económico y político de cada provincia podrían meditar

planes y discutir medidas de bien para todas las provincias en particular y para la América en general.

Se estrecharían las relaciones de los americanos unidos por el lazo grande de un Congreso común; aprenderían a identificar sus intereses; y formarían *a la letra* una sola y grande familia.

Se comenzaría a crear el *sistema americano* o la colección ordenada de principios que deben formar la conducta política de la América, ahora que empieza a subir la escala que debe colocarla un día al lado de la Europa que tiene su *sistema* y ha sabido elevarse sobre todas las partes del globo.

La América entonces: la América, mi patria y la de mis dignos amigos, sería al fin lo que es preciso que llegue a ser: Grande como el Continente por donde se dilata: Rica como el oro que hay en su seno: Majestuosa como los Andes que la elevan y engrandecen.

¡Oh patria cara donde nacieron los seres que más amo! Tus derechos son los míos, los de mis amigos y paisanos. Yo juro sostenerlos mientras viva. Yo juro decir cuando muera: *Hijos, defended a la América.*

Recibe, Patria amada, este juramento. Lo hago en estas tierras que el despotismo tenía incultas y la libertad hará florecer.

Cuando no era libre, mi alma, nacida para serlo, buscaba ciencias que la distrajesen, lecturas que la alegrasen. Vagaba por las plantas: estudiaba esqueletos: medía triángulos, o se entretenía en fósiles.

La América será desde hoy mi ocupación exclusiva. América de día cuando escriba: América de noche cuando piense. El estudio más digno de un americano es la América.

En este suelo nacimos: este suelo es nuestra patria. ¿Será el patriotismo un delito?

De *El Foro*, noviembre de 1916.—Selección de F. G.

De todo

A propósito de una traducción:

Enervar significa rectamente lo mismo que *des-nervar*: privar de los nervios, relajarlos o debilitarlos; quitar energía o fuerza, abatir, apagar; afeminar.

Pero en Francia—y ya también en la América Latina—se usa mucho la palabra *enervar* en el sentido casi contrario de *agacer*: irritar, provocar, excitar. Littré acepta este uso. Larousse lo califica de abusivo.

Fisiológicamente, puede encontrarse cierta conciliación entre el uso recto y el abuso de la palabra *enervar*. Toda excitación sostenida o repetida con demasiada frecuencia, acaba por *enervar* (en el sentido de *abatir*). Y el *enervamiento* de los centros nerviosos superiores se traduce en menor inhibición de todos los demás centros: o sea en mayor excitabilidad aparente de estos últimos. Por consiguiente, una persona *enervada* de veras, en lo que más vale, puede mostrarse violenta y furiosa en sus gestos y expresiones.

*

He recibido el libro *Colombia joven*, 1.^a serie.

Lástima que su simpático autor, L. E. Nieto Caballero, no haya juzgado conveniente insertar un renglón biográfico al pie de cada uno de los bosquejos que forman el volumen. Tratándose de jóvenes colombianos, habría sido muy fácil para el Autor y muy útil para nosotros los extranjeros el decirnos exactamente siquiera dónde y cuándo nació cada uno de los personajes.

De la más importante censura que pudiera venir a los labios, el señor Nieto Caballero se defiende de antemano en el prólogo. Recuerda primero la observación de su admirado maestro Max Grillo: *En los estudios de Nieto Caballero, la crítica está en las omisiones*, y agrega después: «No he tenido conscientemente el propósito del artista que para agradar al rey poseedor de un ojo sin vida, lo retrató de perfil.... No he querido suponer en nadie el anhelo de Heine moribundo: *No amo los retratos que se me parecen: quiero ser pintado bello, como las mujeres*. Pero tampoco he creído que a las aspiraciones justas de la juventud que lucha, ni a las necesidades del país, ansioso de que surjan entusiasmos y tenacidades, perjudique el estímulo de unas palabras de admiración o de afecto. Me basta, para reputarme dichoso, sentir que son sinceras. Y recordar que Emilio Deschanel dijo: *Admirar es una cosa higiénica.*»

*

He recibido también una obra del escritor ecuatoriano Gonzalo Zalumbide, intitulada *José Enrique Rodó*. A fin de hacer comprender su valor, serán reproducidos varios trozos en uno de los próximos cuadernos de Eos.

Lo que quiero decir ya es que, a juicio del esclarecido literato nombrado, Rodó es el escritor que mejor representa a los latinoamericanos.

Así lo creo, a mi vez. Por ello, cuando se ha hablado de erigir en París una estatua en honor de la América Latina del último cuarto de siglo, he sostenido que esta estatua habría de ser la de Rodó.

*

Aparte algún lunar, como la simpleza de creer que el impuesto directo sobre la renta no es «en último extremo soportado por el pueblo consumidor», muy atendibles son las ideas económicas que expresa en su *Mensaje Inaugural* el señor Presidente de El Salvador. Con particular placer reproduzco las palabras que siguen:

«Piensan algunos que el momento sería oportuno para operar una evolución en el sistema monetario, adoptando el patrón de oro, el que por su fijeza y estabilidad, es garantía de crédito. Esa evolución podría realizarse en parte, convirtiendo a oro la reserva de las instituciones bancarias, a favor del cambio actual, y mediante el cobro de impuestos aduaneros en la misma moneda. Otros preconizan la necesidad de establecer un Banco del Estado, que venga a llenar las justas exigencias de la agricultura y del comercio, facilitando dinero a largos plazos y a un interés moderado.» ¡El arrullo en uso!

«Reconozco desde luego, la urgencia de aumentar el medio circulante, para que éste corresponda al volumen de los negocios actuales; pero si bien simpatizo con la idea de dar estabilidad a nuestro sistema monetario, NUNCA PATROCINARÍA LA CREACIÓN DE UN BANCO, SINO SOBRE LA BASE FIRME Y TANGIBLE DE LA EXISTENCIA DE LA RESERVA EN METÁLICO. De otra suerte, las mejores perspectivas las puede destruir un porvenir incierto.»

*

Hablando de las listas de «libros y útiles» que son exigidos a nuestros escolares, recuerda un ilustre maestro, en *La Información*, la escuela de Tolstói, donde «NINGUNO LLEVA NADA CONSIGO: NI LIBRO, NI CUADERNO», y donde nunca se impone a los alumnos «DEBERES QUE CUMPLIR EN SU CASA». Y yo subrayo.

¡Cuán cierto, señor, que siempre son los que más piden los que menos dan!

Para mí, es regla segura, que no he visto fallar ni una vez: cuanto más malo es el maestro tanto mayor es la cantidad de tareas para la casa y de libros y útiles requeridos.

*

Estaba yo una vez—hace 40 años—quitándole garrapatas a una vaca, cuando recibí de un peón una de las lecciones más fecundas que jamás haya recibido. «Es tontera, me dijo, perder tiempo en arrancarle garrapatas a un animal, por fuera: al día siguiente está lleno otra vez. Las garrapatas se quitan por dentro: generalmente basta con darle a tomar a una vaca media onza de ipecacuana, cada tres días. En ocasiones, una sola cura es suficiente. La ipecacuana *cambia la sangre* del animal, y las garrapatas se caen solitas».

Once años más tarde, asistí en París a la revolución que hizo Pasteur

con sus estudios sobre los microorganismos. Luégo, a la guerra directa contra los microbios. Y, últimamente, he visto formarse el conocimiento científico del hecho enseñado por mi campesino.

Se puede ya generalizar. Para enfrentarse a un enemigo o simple competidor—y entre ellos estamos forzosamente—, lo capital es atender al *medio interno* o *propio terreno* o humor en que viven nuestras células. Los otros cuidados son secundarios, aunque no despreciables.

En la lucha contra las garrapatas, los piojos y las lombrices, los tricocefalos, los anquilostomos, las amebas, los bacilos, etc., parásitos grandes o microscópicos, bien organizados o rudimentarios, lo importante y eficaz es atender al propio terreno, haciéndolo refractario al parásito. El uso de insecticidas, vermícidas, germicidas, antisépticos, etc., es absolutamente secundario.

Más puede hacer—es un ejemplo—una oportuna inyección de emetina (el principio activo de la ipecacuana) contra las garrapatas, que todas las lociones, pomadas, polvos o jabones preconizados.

El perro flaco todo es pulgas, dicen, y es pura verdad, al pie de la letra y en sentido figurado.

*

Al señor T.

El cultivo de las ciencias positivas tiende a hacernos dudar mucho de nuestra libertad; pero son, sin embargo, los hombres de ciencia quienes más resueltamente se conducen *como si fueran libres*. La contradicción es evidente.

Por esto, dice usted que ha «buscado refugio en un espiritualismo plenamente satisfactorio» y añade que ya usted no da «mayor valor» a la razón ni tiene miedo a las «contradicciones APARENTES que ella pretende descubrir».

¿De modo que, de puro miedo a una contradicción aparente, ha perdido usted el miedo de las contradicciones? ¡Qué espiritual!

*

El catolicismo de los jesuitas se dirige a la inteligencia siempre que puede, y es, por consiguiente, superior a las religiones que se dirigen sobre todo y exclusivamente al «corazón». Son éstas tal vez más simpáticas y es más puro su culto externo; pero, en el fondo, se oponen más al progreso de la ciencia.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

056
e191e
e.12.

EOS



Tomo VIII = Precio: 30 CÉNTIMOS = Cuadernos 100-11

Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
Falcó y Borrásé
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES



Don VALERIANO FERNÁNDEZ FERRAZ

Doctor en filosofía y letras, organizador de la segunda enseñanza en Costa Rica—hace medio siglo—y el más esclarecido de nuestros intelectuales. Cumple hoy—14 de abril de 1919—85 años de edad.

Pasemos con él un rato, releyendo en su orden cronológico algunas de las incontables preciosas páginas con que nos ha enriquecido.

Nota bibliográfica

tomada del N^o. 1^o. de *La Enseñanza*, revista mensual de instrucción pública, ciencias, literatura y artes, dirigida por el Dr. Ferraz hace 46 años y no superada nunca después en el país.

En esta sección de la *Revista* nos proponemos describir, juzgar y dar a conocer los libros que principalmente merezcan fijar la atención de nuestros lectores, ya por su aplicación inmediata a la enseñanza como textos clásicos, ya también como obras de consulta para los maestros, o de amena y provechosa lectura para el público en general.

Suelen quejarse los libreros de que éste no lee, por lo común, aquellas obras instructivas que hoy forman la base de las bibliotecas populares en las naciones cultas; y sí, tal vez, novelas y cuentos ligeros, libros devotos y otras bagatelas insustanciales, con que se estraga el sentimiento estético, se pervierte la moral y se extravía el sentido común y el buen juicio de muchas gentes.

Pero se nos antoja que los mismos introductores de ese artículo de comercio, han dado acaso demasiado crédito al *Manual de la Librería*, que, con referencia a Centro América, sólo indica: «libros devotos, novelas, obras predicables». Surtan sus establecimientos de buenos libros y pónganlos al alcance del público, que éste irá poco a poco haciéndose a la buena y sustanciosa lectura, y ellos harán su negocio más en grande, cuando libros útiles e instructivos puedan crear la afición y aun la necesidad de leer.

El alimento intelectual es como el del cuerpo, en cierto modo. Cosas vanas e insustanciales, en vez de abrir el apetito y fortalecer el estómago, lo debilitan y fastidian cada vez más, empobrecen la sangre y causan la inanición y la muerte. Precisa, pues, cuando la debilidad es tanta que ni ánimos hay para salir de ella, acudir a sustancias fuertes y enérgicos reconstitutivos, que en pequeñas dosis contengan muchos elementos asimilables.

Esto sucede exactamente con los Manuales de conocimientos útiles, en que los resultados de larga indagación científica vienen, de algún tiempo a esta parte, poniéndose al alcance de todas las inteligencias, y asimilando a la economía racional de los pueblos altísimas verdades, que antes eran patrimonio exclusivo de los sabios. Así vemos que se despierta por todas partes la afición a saber, se forma cierto gusto artístico y el sentido moral se levanta de esa deplorable postración a que lo habían traído falsos educadores y sofistas superficiales.

Entre los libros útiles merecen muy especialmente nuestra atención los textos que faciliten la enseñanza; y ninguna más importante, a nuestro juicio, que la primaria, la enseñanza de las primeras letras y primeras nociones en todo orden de conocimientos. Pero en esa misma iniciación ocupa el primer término, y en cierta manera es el todo, la lectura. Por eso hemos de empezar nuestra serie bibliográfica por una de *Libros de lectura* para las escuelas primarias, y es la siguiente:

SERIE DE LIBROS DE LECTURA por *Luis F. Mantilla*, profesor de Lengua y Literatura española en la Universidad de Nueva York. *Iverson, Blake-man, Taylor y C^{as}*, Editores: N. Y. C. 138 y 140, Grand St. 1872.

I

LIBRO DE LECTURA N^o. I

Es este un librito de 132 páginas, con otros tantos o más grabados, perfectamente impreso en papel superior y con aquella gracia, corrección y delicadeza tipo-